

Precisar los propósitos de la investigación

Juli Palou

Universitat de Barcelona.

Conxita Márquez

Universitat Autònoma de Barcelona.

Cuadernos de Pedagogía, Junio 2015, Editorial Wolters Kluwer, ISBN-ISSN: 2386-6322

Os ofrecemos la cuarta entrega de la serie de relatos sobre la investigación "Aprender el discurso del aula". Todo estudio está orientado por una intención, por la persecución de unas metas. Así pues, definir los objetivos de una forma clara permite orientarse y no perderse en cuestiones colaterales poco relevantes.

Existe una diferencia entre buscar una aguja en un pajar y buscar un determinado papel en un armario bien ordenado. La precisión se la debemos a Dewey (2004); la utiliza para demostrar que las ideas progresan cuando siguen una línea que es respetuosa con las experiencias ya conocidas. Podemos profundizar en la imagen si añadimos que no es lo mismo acumular que organizar. En el pajar se acumula la paja para guardarla, mientras que en el archivo de un armario la información se organiza con un propósito. La pregunta de investigación, a la cual hacíamos referencia en el artículo anterior, no puede caer en el pajar, porque entonces sería tan difícil darle respuesta como encontrar la famosa aguja. La pregunta de investigación siempre debe arroparse en el armario de los objetivos.

Cada estudio está orientado por una intención, por la persecución de unas metas. Cuando los objetivos no están claros, es fácil divagar o poner demasiado énfasis en cuestiones colaterales que aportan poco a lo que se pretende analizar. Los objetivos permiten orientarse. Pero esta orientación no parte de cero, sino que se sitúa entre lo que ya se ha dicho y las cuestiones que hoy aparecen como problemáticas. Conocer lo que ya se ha dicho es el mejor antídoto para evitar la fascinación espontánea sobre los nuevos fenómenos que se observan y, al mismo tiempo, para situarse en una trayectoria y evitar la tentación de buscar fórmulas cerradas para cuestiones que vienen de lejos, que son complejas y que, gracias a su complejidad, han generado un discurso rico en matices.

Conocer el pasado y orientarse hacia el futuro

Miramos el pasado desde el presente y los objetivos nos ayudan a orientarnos hacia un futuro. Debemos buscar en esta capacidad de proyección la manera como se aconseja formular los objetivos, ya que lo que caracteriza el infinitivo que los precede es que no tiene, a diferencia de los otros tiempos verbales, ni número ni tiempo. El infinitivo no termina, se proyecta. El infinitivo es una abstracción de la acción, poco amigo de las variaciones y de las circunstancias concretas. Si la pregunta es el "qué", el objetivo es el "por qué". Un objetivo nos indica cuestiones como: ¿por qué interesa la pregunta planteada?, ¿hacia dónde se dirige esta pregunta? Observemos uno de los objetivos del proyecto ARMIF que presentamos con el título "Aprender el discurso del aula": "Mejorar la competencia lingüística y comunicativa de los estudiantes, a partir de la reflexión metalingüística sobre las lenguas y la manera de hacer uso de ellas con el propósito de construir conocimientos en las diferentes áreas curriculares".

En relación con la meta que se propone, destacamos tres cuestiones. En primer lugar, que es clara y concisa. En segundo lugar, que se apoya en un saber ya consolidado según el cual el aula se concibe como un espacio donde la comunicación tiene unas características específicas, entre las que destacan la adaptación al destinatario y los procesos interactivos. La tercera cuestión que hay que destacar remite a la proyección que se pone de manifiesto en el mismo infinitivo inicial -"mejorar"-, y que afecta a unos protagonistas concretos: los estudiantes. Se trata de acompañar a estos estudiantes en un proceso reflexivo que les permita descubrir qué tipo de interacciones ayudan a generar conocimiento.

El objetivo que acabamos de transcribir nos proporciona una idea sobre el trayecto que ha de recorrer la investigación. Ahora bien, también nos advierte que el producto final no será medible. Este es un punto de discusión relevante cuando se trata sobre cómo deben formularse los objetivos. Elliott (1990) ya distinguía entre dos orientaciones: una más centrada en el producto y otra en el proceso. Si lo que se valora es el producto extrínseco final, es lógico que los objetivos se orienten hacia lo measurable, hacia las maneras concretas de dar respuesta a los problemas iniciales planteados. Por el contrario, si lo que se valora es la calidad intrínseca de la propia investigación, es razonable que se priorice el mismo proceso y, con él, la fuerza que tiene una investigación para mejorar la capacidad reflexiva. Las dos opciones están, según Elliott, orientadas hacia la mejora de la calidad de la educación. La diferencia es que mientras una dirige, la otra orienta.

Consensuar los objetivos

A nuestro entender, cuando se trata de una investigación relacionada con las humanidades es muy difícil, si no contraproducente, fijar unos objetivos que busquen solo lo measurable, lo cuantificable. Ahora bien, el peor error en el que se puede caer es encerrarse en opciones excluyentes. Para evitarlo conviene que al inicio de cualquier estudio que se realice de manera colectiva se dediquen las sesiones de trabajo que sean necesarias para compartir una misma representación sobre las metas propuestas. En otras palabras, la concreción de los objetivos, sean del tipo que sean, no puede hacerse de manera unilateral o para responder solo a los aspectos más técnicos de la redacción de la propuesta. La formulación de los objetivos requiere el consenso y su redacción exige claridad.

A Montaigne le gustaba distinguir entre el propósito y el resultado de la empresa. A su parecer, lo que se debe juzgar es el propósito, dado que el resultado, o lo que acontece, es fruto de los caprichos de la fortuna. Montaigne recuerda que Siramnes, el persa, defendía que él era dueño de sus ideas y que era la fortuna la que se encargaba del éxito o del fracaso de sus empresas. No es desatinada la idea del autor de los Ensayos, ya que entre el proyecto y su concreción siempre se producen desviaciones. Pero podemos conseguir que el azar no tenga tantas cartas en la partida si en el camino, en el transcurso de la investigación, establecemos algunas paradas para revisar, de manera colectiva, los desajustes con el propósito inicial. Porque es cierto que los hados que configuran la realidad tienen una tendencia clara a interponerse entre las decisiones y los acontecimientos.

Cuando ponemos el foco sobre el tema de los objetivos, nos aparece un camino que apunta hacia unas metas, pero que no nos dice la manera de conseguirlas. Si los hados lo permiten, en el próximo capítulo abordaremos esta cuestión: las fases que caracterizan una investigación.

Para saber más

Dewey, John (2004). *Democracia y educación*. Madrid: Morata.

Elliott, John (1990). *La investigación-acción en educación*. Madrid: Morata.

Montaigne, Michel de (2013). *Ensayos completos*. Madrid: Cátedra.